

LOS CLAVELES NO SON PARA CLAVEL

Yubi.

Nací predestinado a morir en un redondel de arena estocado por un torero un bullicioso domingo de primavera.

No lo supe hasta hoy cuando, cautivo en este corral, escucho la algarabía de la gente que allá afuera pide a gritos las fanfarrias festivas que anunciarán el comienzo de la faena. Me paseo, rasguño la tierra, bufo; corneo el aire hasta que finalmente me resigno a enfrentar mi destino con valor y fiereza, por respeto a mi raza.

Me lleno de coraje para derrotar el miedo que a ratos me hace temblar y aguardo la orden imaginando un camarín bien iluminado, donde un joven torero ya vestido de luces se deja amarrar en la nuca el cabello brillante y perfumado. Engalanado, se inclina devoto ante la Virgen que lo contempla fijamente y muy silenciosa. Puedo adivinar sus rezos. Me parece oírlo suplicar a la Señora me obligue a enseñarle todo mi poderío en el ruedo, pero que no logre lastimarlo; le pide empequeñecer mi grandeza para cubrirse de gloria y fortuna. Y yo, desde este corral polvoriento, me pregunto si la Virgen le advertirá que también soy criatura de Dios. No alcanzo a averiguarlo.

Me llaman a salir. Lo hago embravecido, enseñando mi fuerza y mi linaje. Se pone de pie el público enarbolando pañuelos blancos. Se detiene la música y un hombre que monta un caballo completamente protegido camina hacia a mí y me entierra una lanza afilada en la carne fibrosa. Ahora comprendo por qué

eran necesarias las ventajas; deben disminuir mi grandeza; si no, cómo podría suceder una lucha cuerpo a cuerpo con el joven torero.

Una herida profunda se abre en mi costado derecho provocándome un dolor agudo. Siento que en el chorro de sangre que por allí brota se me escapa una porción de vida. Me enfurezco. Me enfurezco porque eso duele. Duele el puyazo rompiendo mi carne y mis venas. Y duele la desventaja.

La música rompe festiva celebrando mi primera lesión y el punto a favor para la faena. La algazara que retumba desde las tribunas me perturba y siento ganas de ser el torito de la canción, el enamorado de la Luna, ese que es bravío de casta valiente y con abanicos de colores adornando sus patas. Pero el dolor me debilita y me olvido de aquel toro pintado de amapola y aceituna. Comprendo que debo concentrarme sólo en mantener intacto mi honor. Pero no me lo permiten.

Dos o tres hombres ondulan sus capas coloridas cerca de mis ojos, se pavonean y me miran despectivos. Me ridiculizan. Me humillan. Me clavan dos banderillas; dos bastones coloridos que cuelgan sarcásticos desde mis costados. Pese a todo, me aferro a la voluntad de defender mi honra, ya incapaz de defender mi vida que huye silenciosa y cobarde por las heridas. Con gran esfuerzo, levanto los ojos hacia las tribunas vociferantes buscando a los que públicamente defienden a los animales. No hay ninguno o, si están allí, no me consideran un animal. Y, cuando entiendo que tendré que defender mi vida y mi dignidad sin ayuda, me clavan otras dos banderillas. Corro ligero detrás de un banderillero; lo persigo en protesta por la vejación, pero se escapa saltando la tapia de tablas coloradas.

Me pregunto cuánto tiempo habrá pasado desde que salí al ruedo a morir, convertido en diversión para los hambrientos de sangre y de muerte. De la mía. La de Clavel. Lindo nombre me puso el caporal. Llevo el nombre de una flor que blanca luce en la solapa del caballero y roja en el cabello de una guapa muchacha.

De pronto, aparece frente a mí el joven torero. Es tal como lo imaginé. Se me acerca. Me desafía mirándome directamente a los ojos, mientras quiebra su cintura flexible como un tallo de bambú. Endereza los hombros, ladea la cabeza. Qué postura elegante, cuántas filigranas hormiguean fulgentes en su ropa estrecha. Cómo quisiera que este hombre gallardo y yo terminemos la tarde como buenos amigos. Otra vez me enredo en el delirio. Él no ha venido hasta aquí para convertirse en mi amigo sino a demostrar a la multitud que puede con mi valor y mis cuatrocientos cincuenta kilos de fibra y coraje. Y yo, a brindarme entero por respeto al poderío de mi raza.

Me pregunto fugazmente si la Virgen aceptó contenta sus pedidos. Me desaliento y quiero pensar un rato en el torito de la canción, pero me siento débil. La muerte acecha advirtiéndome que, efectivamente, la Virgen aceptó sus ruegos. Veo cómo la multitud, que pide mi vida, se acerca y se aleja, se acerca y se aleja y siento cada vez más distantes los gritos que hace un rato se clavaban en mis oídos.

El capote rojo del matador ondea cerca de mis ojos provocándome vértigos. Repite la acción vitoreada por el gentío. Cómo quisiera escuchar al menos una voz a favor mío. Mi sangre gotea sobre la arena y mi boca se llena de espuma. Estoy agotado. Altivo, el diestro levanta el mentón y me obliga a sortear por enésima vez su capa manchada con mi vida. Soberbio, le enseña a

la concurrencia cómo inclino mi cabeza ante él. Me da la espalda y camina hacia las tribunas, con gracia y majestad. Sabe que no puedo atacarlo. Estoy malherido, exhausto y agónico. Mientras el joven espigado recibe ovaciones, morbosamente imagino cómo luce desde la galería mi estampa antes imponente y vital, clavada con banderillas burlescas, desangrándose por los costados. Se me aprieta el corazón. No sé si duele más la carne herida o la dignidad humillada.

Vuelve hacia mí el joven gallardo. De su cara morena brotan gotas blancas de sudor; de mi cuerpo, ríos de sangre roja y caliente. Él suda, yo me desangro. Ahora sólo debo esperar que exhiba la espada oculta bajo la capa. La descubrí cuando admiraba su chaquetilla bordada ceñida a su estampa flexible. Yo me sabía predestinado a morir desangrado en un redondel de arena, estocado por la espada de un torero.

Con expresión fiera, el matador dobla hacia atrás su cuerpo elástico, alza solemnemente el brazo armado y apunta hacia mí, levantando levemente una ceja. Con un movimiento certero entierra la espada entera en mi testuz, dejando a la vista la empuñadura tocada por el sol. Ha llegado mi hora, pero no quiero morir como un cobarde. Aunque moribundo, soy un toro bravío de casta valiente. Hago un postrer intento, un risible intento por darle su merecido al soberbio matador. Pero él se ha retirado de mi lado para recoger los aplausos y el rumor de mil pañuelos blancos flameando en su honor. Me mareo. Mis rodillas delanteras se doblan tocando el suelo. No pido clemencia, me prosterno ante la muerte que me ordena seguirla. Mis ojos se nublan llevándose la visión de mil pañuelos blancos. Mis oídos se llenan de gritos que piden cortar una de mis orejas, o las dos. Y a mí qué puede importarme si me cortan entero. Lucho contra

las últimas incoherencias de mi mente y veo llover claveles blancos y claveles rojos desde las tribunas.

Ya no es tiempo de utopías. Es tiempo de muerte. De la mía. Antes de cerrar los ojos para siempre me entero con tristeza que esa lluvia de claveles caen desde el cielo sólo para premiar el valor y el triunfo del apuesto torero.